

Director

Edgar P. Jaramillo S.

Gestión de Medios

Eugenia Ávalos V.

Publicaciones

Raúl Salvador R.

Editor

Pablo Escandón M.

Consejo Editorial

Héctor Espín

Juan M. Rodríguez

Francisco Vivanco R.

**Portada, diseño
y diagramación**

Mayra Cajilema C.

**Chasqui es una publicación del
CIESPAL**

Miembro de la

Red Iberoamericana de Revistas
de Comunicación y Cultura<http://www.felafacs.org/rederevistas>Red de Revistas Científicas
de América Latina y el Caribe
en Ciencias Sociales y Humanidades
<http://redalyc.uaemex.mx>**Impresión**

Editorial QUIPUS - CIESPAL

CONSEJO DE ADMINISTRACIÓN**Presidente**Victor Hugo Olalla P.
Universidad Central del Ecuador**María Isabel Salvador**Ministra de Relaciones Exteriores, Comercio e
Integración**Raúl Vallejo C.**

Ministro de Educación

Héctor Chávez V.

Universidad Estatal de Guayaquil

Antonio Aranibar

Organización de Estados Americanos

Patricia AshtonComisión Nacional de UNESCO
para los países andinos**José Camino C.**

Unión Nacional de Periodistas

Freddy Moreno M.

Asociación Ecuatoriana de Radiodifusión

Yolanda León T.

FENAPE

Edgar Jaramillo S.

Director General del CIESPAL

Teléfonos: (593-2) 250-6148 252-4177

Fax (593-2) 250-2487

web: <http://www.ciespal.net>weblog: <http://chasquirevista.wordpress.com/>

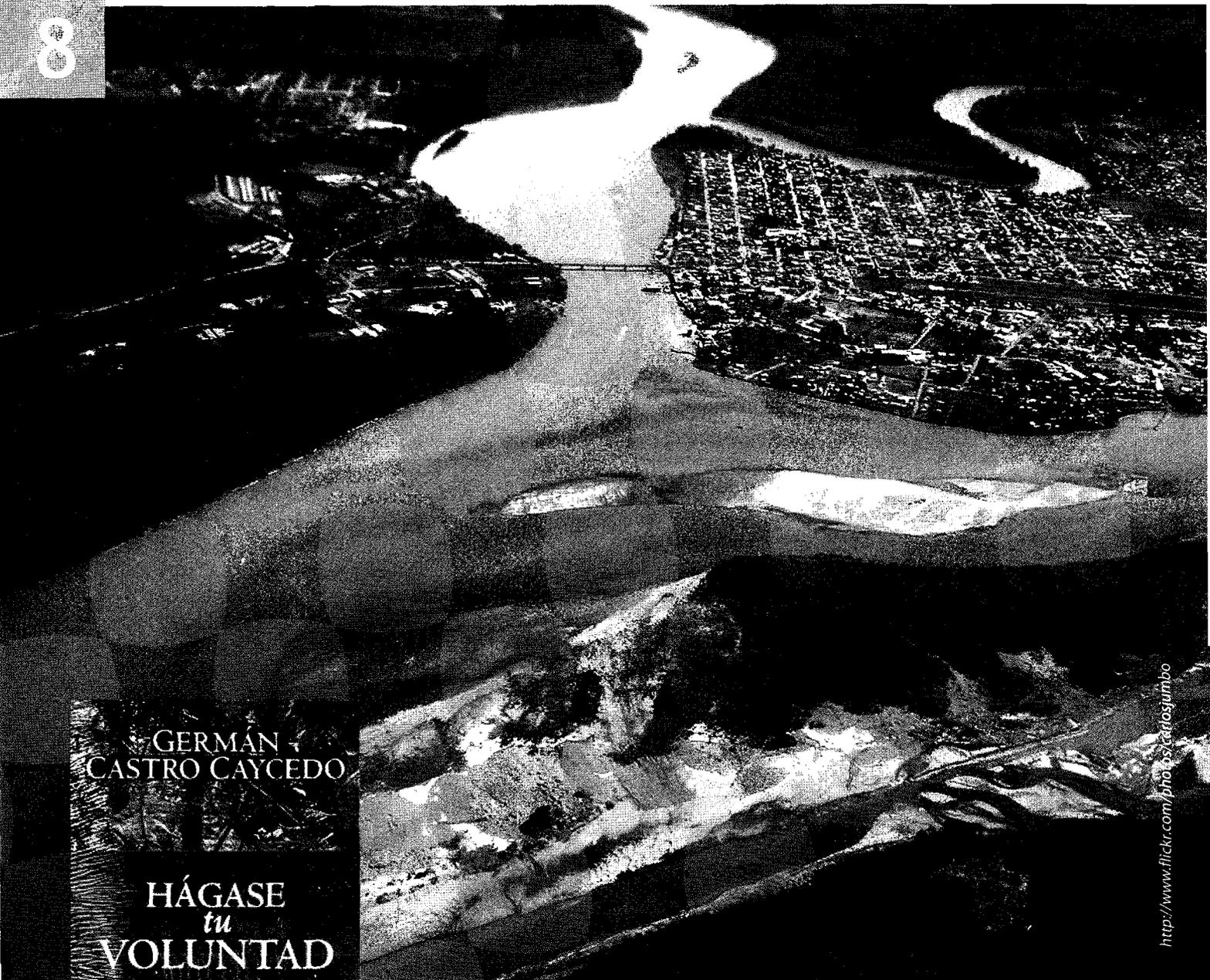
Apartado Postal 17-01-584

Quito - Ecuador

Registro M.I.T. S.RL027

ISSN 13901079

Personaje	Pág.	Covuntura	Pág.
Biografía: El más leído luego de Gabo	4	Blogs: Encuentros y desencuentros	52
Germán Castro Caycedo: Más cerca de la realidad	6	Uso y consumo de las TIC: Las relaciones de poder en el aula	58
Hágase tu voluntad: Una muestra de virtuosismo periodístico	8	Aula	
El hueco: Migrantes en la cinta de Moebius	14	Lenguaje: Localismos y estandarización en el español... ..	64
El Palacio sin máscara: La lectura de quien no estuvo allí	20	Manejo de información: Cuando de rumores se trata	68
En busca del cronista mayor: Charla con Germán Castro Caycedo	26	La entrevista en TV: En vivo o grabada, conversar es lo importante	72
Portada		Sindicación de contenidos: El cambio de la reportería <i>on line</i>	76
Opinión: No creo en los géneros	30	Comunicación organizacional: Los <i>stakeholders</i> legitiman a la organización	80
Experiencia: Lo que me dejó el periodismo	32	Encuestas políticas: Paradojas y aproximaciones	84
Periodismo y literatura: Dos aguas de un río vigoroso	36	Publicaciones	88
Notas de un encuentro de cronistas: Las crónicas amenazan con reconquistar lectores	38	Actividades del CIESPAL	92
El trabajo editorial: Anatomía de un texto	44	Agenda	96
Revistas y blogs: Los espacios para la narrativa periodística	48	Próximo número	99



GERMÁN
CASTRO CAYCEDO

HÁGASE
tu
VOLUNTAD

<http://www.flickr.com/photos/castrosjumbo>

Hágase tu voluntad:

Una muestra de virtuosismo periodístico

Simón Espinosa Jalil

Docente de la Universidad San Francisco de Quito, MFA (Master of Fine Arts) Columbia University, Nueva York, Columnista y ex editor regional del diario La Hora. simone@usfq.edu.ec

Dicen los textos de periodismo que el primer mandamiento de todo cronista es intentar ponerse en los zapatos de las personas sobre las cuales escribe, es decir, descubrir al ser humano detrás de la fría noticia y revelar ese descubrimiento a sus lectores.

Los indígenas de la Amazonia y Monseñor Labaka son similares y en esa característica los acerca hasta el punto de que el religioso ofrece su vida para salvar a sus semejantes del exterminio cultural.

Quizás no exista una historia en la cual cumplir con este mandato sea más difícil que la del asesinato de Monseñor Alejandro Labaka y de la hermana Inés Arango a manos de un grupo de rebeldes huaoranis (conocidos como los Tagaeri) en la selva amazónica ecuatoriana en 1987. En este caso, lograr ese complicadísimo objetivo se convierte en un verdadero ejercicio de virtuosismo periodístico, pues los protagonistas de la historia son personas que pertenecen a una cultura con poco en común con la occidental, y cuyas acciones son, a primera vista, imposibles de entender.

Hágase tu voluntad explora el tema del choque entre culturas, a partir de la muerte de Labaka y Arango, y a través de las distintas historias que conforman la gran tragedia del holocausto de los indígenas amazónicos. El tema, como corresponde también a toda buena crónica periodística, se refleja en todos los aspectos del libro: la estructura del relato, los personajes, el estilo de la narración, el tono y el punto de vista del autor.

Estructura

El hilo conductor de los 23 capítulos del libro es el lento pero continuo exterminio de la cultura huaorani, dentro del cual la aventura de Monseñor Labaka es quizás el último eslabón de una historia inexorable.

Las primeras páginas del relato establecen claramente las reglas del juego de lo que vendrá más adelante. Allí se describe el mundo de la historia: los personajes principales, la situación inicial, el conflicto básico, las razones para contar (Labaka fue el primero y último occidental en contactar con el grupo Tagaeri, los huaorani son un pueblo al borde de la extinción...), pero, sobre todo, se establece con claridad el tema que explorará el libro, el estilo, el tono y el punto de vista. Así, desde el principio el lector entiende que está ante una obra diferente escenificada en un

lugar distinto, y que tendrá que abrir su mente para entender todas las dimensiones de la tragedia que está a punto de abordar.

Estructuralmente, el libro es un gran *flashback* que comienza con el periodista buscando la historia en la Amazonia, sigue con el terrible hallazgo de Labaka y Arango desnudos, sus cuerpos atravesados por decenas de lanzas en la selva, y luego va al pasado, desde donde cuenta la historia centenaria del progresivo acoso de la "civilización" contra los diferentes pueblos indígenas de la Amazonia y, paralelamente, la vida de Monseñor Alejandro Labaka antes de llegar al Ecuador.

En la segunda parte del libro, las diferentes historias se unen con la llegada de Labaka a la selva. En ese momento, los petroleros (últimos soldados de la incursión occidental en tierra huaorani), Labaka y los monjes capuchinos, las misiones evangélicas y los indios huaoranis entremezclan sus destinos hasta desembocar en el trágico final.

Dramáticamente, es una historia con una serie de conflictos muy claros: la pelea entre los explotadores y los indios amazónicos, la lucha interna de estos pueblos, la competencia entre evangelizadores de diferentes denominaciones por "reducir" a los indios, y el desesperado intento de Monseñor Labaka por salvar a los *huao* del exterminio. Un procedimiento dramático que aumenta el suspenso es el sentido de urgencia (el reloj corriendo), resaltado frecuentemente por el autor, y que consiste en que el protagonista tiene un tiempo muy corto para lograr su objetivo. En este caso, Labaka siente que el tiempo se acaba para los huaorani, y se ve obligado a arriesgar su vida para evitar su desaparición.

La estructura interna de cada capítulo es, sin embargo, menos lineal, puesto que en cada uno de ellos se intercalan historias, puntos de vista, testimonios e incisos explicativos. El tema del

libro dicta en gran medida esta estructura, pues un estudio sobre la relatividad cultural no puede ser contado desde un solo punto de vista, aunque también esa técnica narrativa es típica del autor (que dosifica el relato y multiplica los puntos culminantes para crear suspenso).

De todas maneras, a pesar de su apariencia episódica, la línea argumental del libro es sólida, pues los principales incidentes que ocurren no están aislados, sino que cada uno de ellos tiene consecuencias, aunque éstas se revelen muchas páginas después.



Múltiples voces

La multiplicidad de puntos de vista es esencial en una narración de estas características, pues, en ausencia de la "objetividad periodística", permite al menos aproximarse a la verdad con el mayor equilibrio posible. En "Hágase tu voluntad", la voz del narrador principal se intercala con la de los distintos personajes, que ganan importancia

según su lugar en la historia. En las escenas culminantes especialmente, los mismos acontecimientos son narrados por diferentes voces en primera persona. En esos casos, resalta mucho más el contraste entre las interpretaciones y motivaciones que dan a los mismos hechos miembros de culturas diferentes, lo que refuerza el tema que trata el libro. El uso de relatos en primera persona, un procedimiento habitual en el autor, permite que el lector se acerque más a la intimidad de los personajes, sin intermediarios, lo que resalta el valor dramático de los testimonios.

Pero esto no es suficiente para equilibrar la balanza, pues el autor parece estar consciente de que, al utilizar para su narración el idioma de los agresores, la historia no puede ser imparcial. Así, la voz del narrador principal intenta hacer hincapié en el punto de vista de los indios incluso con modificaciones en el lenguaje y en el sentido de las palabras.

Ejemplos importantes son la dualidad salvaje/civilizado y la concepción del tiempo. En el primer punto, a lo largo de la historia, los occidentales son llamados salvajes o caníbales, incluso cuando en apariencia el punto de vista del segmento narrado es neutral. En el segundo, durante largas partes del relato, las referencias al tiempo occidental desaparecen, y el tiempo se mide por la cantidad de agua en los ríos, el florecimiento de las plantas o el vuelo de las mariposas (en el caso de los trabajadores petroleros acosados por los guerreros tagaeri, el tiempo se mide en noches de angustia y en muertos). Asimismo, el narrador utiliza indistintamente vocabulario propio de los indios (por ejemplo, *nido de aviones* en lugar de *pista de aterrizaje*) para recordarnos el punto de vista de los huaoranis.

Así, es evidente que el tono del narrador, es decir, su actitud frente al material con el que trabaja, es de simpatía hacia los huaoranis y hacia Monseñor Labaka, y de denuncia ante la apropiación de la Historia por parte de Occidente. Se trata, sin embargo, de una denuncia llena de ironía, que utiliza efectivamente la contradicción esencial entre el término "civilización" y las acciones bárbaras de los invasores. Un fino ejemplo de esa ironía aparece cuando el narrador, al referirse a una de las masacres de indios en la Amazonía, dice: "Y se armó en esas soledades una matazón,



que hoy se llamaría holocausto, pero está perdida en la memoria, porque - aunque ocurrió cuando Picasso pintaba en azul - los lamentos se apagaron en la lejanía".

Personajes

La tragedia de Monseñor Labaka es que, a pesar de sus esfuerzos, no puede evitar ser uno de esos "caníbales" a los ojos de los huaorani, quizás por falta de tiempo o quizás porque la integración cultural tras siglos de agresión es imposible.

En todo caso, su personaje está contado de forma tal que permite al lector observar un profundo arco dramático. Al principio, es un evangelizador típico, es decir, un hombre que pretende cambiar la cultura de poblaciones lejanas, aunque esté presentado con simpatía, se resalten sus cualidades de coraje y voluntad de sacrificio. "Su mente aún no había evolucionado. Estaba lejos del Concilio Vaticano II que transformó totalmente su visión misional", dice el narrador al principio del relato.

Pero, a lo largo de la historia, y a medida que

Labaka convive con los indios, el que termina cambiando es él, aprendiendo mucho más de los huaorani que ellos de él.

La historia se detiene largamente en ese doloroso proceso de transformación, que revela el enorme amor que Labaka siente por sus prójimos. Ese proceso destaca otro nivel que agrega profundidad al personaje, el de su conflicto interno, que lo hace mucho más real, más humano y, por lo tanto, más heroico. Éste se ve, por ejemplo, en las preocupaciones de Labaka por el tema del vestido, por la necesidad de andar desnudo con los indios por la selva; y, sobre todo, por las costumbres sexuales de los huaorani.

La grandeza del personaje está en que para él es muy difícil aceptar estas costumbres. Se trataba, como dice el sacerdote Miguel Ángel Cabodevilla, la fuente principal para el libro, de un "sacerdote absolutamente tradicional, con una carga represiva altísima en materia sexual".

La relación de afinidad entre Labaka y los huaos es incluso más compleja, como lo hace notar el autor mediante la estructura del libro, cuando



cuenta en paralelo algunos elementos: el deseo de martirio de Labaka al mismo tiempo que el martirio de los huaorani en mano de caucheros y otros invasores; el entrenamiento casi militar que sufren los misioneros capuchinos es prácticamente igual que el que los niños huaorani reciben de sus padres en sus largas travesías por la selva; el origen vasco de Labaka, al igual que el de la mayoría de capuchinos que trabajan en la Amazonia, es en cierto modo similar al de los huaorani, en cuanto él es también parte de una minoría perseguida en su país, él tampoco hablaba castellano como primera lengua y los campesinos vascos también tienen una relación íntima con la naturaleza, como explica Cabodevilla en el relato.

Todo esto apunta a establecer una relación fatal entre Labaka y los huaorani, que los hace las dos caras de la misma moneda: la moneda del martirio. Los dos son mártires, víctimas de un proceso de destrucción mucho más grande de lo que pueden enfrentar.

La figura de la hermana Inés Arango está menos desarrollada, pero pocos rasgos son suficientes para mostrar su profunda vocación: fragmentos de su diario, en el que escribía poco, muestran a una mujer decidida y valiente, convencida de su misión, y profundamente generosa. Quizás un blanco fácil para la tragedia en la que se interna.

Esa tragedia viene de la mano de varios personajes, que se suceden unos a otros como si fueran simples enviados de la fuerza imparable del destino.

Sobresale Raquel Saint, la evangelizadora fanática que intenta crear una república de indios en Tihueno. Incluso con ella, el autor tiene el cuidado de mostrar su punto de vista, al utilizar sueños y voces que nos hacen entender la motivación detrás de sus actos.

El principal "malo" de la historia es el cauchero Julio César Arana, explotador y esclavizador de indios, quien aparece directamente en la primera mitad del libro, pero que es invocado frecuentemente en lo posterior, quizás para demostrar que las atrocidades no se terminaron con él, sino que continúan hasta hoy, aunque con un ropaje más civilizado.

Está también Sam Padilla, el hijo de huaorani criado en Estados Unidos y convertido en explotador turístico de sus congéneres, un desgarrador caso de pérdida de identidad y despersonalización.

Pero el mayor éxito de la historia es que el autor logra retratar humanamente a los huaorani, sin llegar a los extremos paternalistas con que muchos progresistas se han referido a los aborígenes. Al contrario, el autor resalta su fiereza y su dignidad, lo que hace mucho más terrible su tragedia. Así, los huaorani son hombres, mujeres y niños normales en una situación límite: literalmente al fin del mundo.

La relatividad de las costumbres

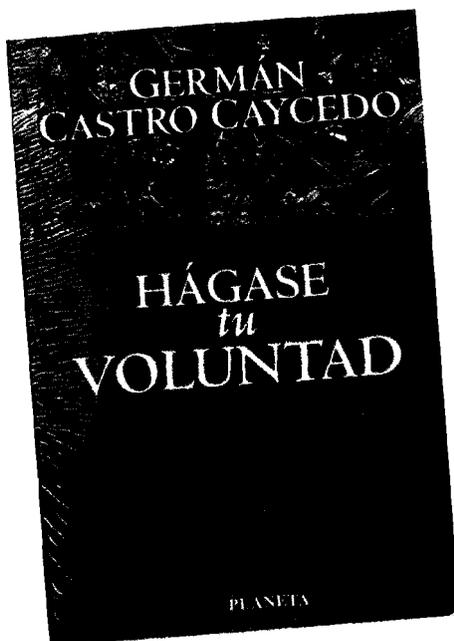
Esta es la clave para entender y justificar las acciones de los indígenas, especialmente las que más pueden chocar a los occidentales, como la violencia, el asesinato o el infanticidio. Aquí, la voz que predomina es la de Miguel Ángel Cabodevilla, quien explica la visión del mundo de los huaorani sobre la muerte. Acostumbrados a sentir dolor, son capaces también de infligirlo; en contacto permanente con la muerte, testigos del ciclo de la vida en la naturaleza, para ellos la muerte no es el episodio final que es para nosotros. "Ellos tienen un concepto diferente del ser humano. Nosotros defendemos la vida de cualquier manera... y un indígena no, porque para un indígena la vida no se termina y el paso por aquí es un ciclo natural...", explica Cabodevilla.

Virtuosismo

Los cronistas, periodistas literarios o narradores de no-ficción, los términos no son importantes, coinciden en que la clave para el éxito en sus obras está en el trabajo de campo, que les permite sumergirse en la materia sobre la que van a tratar, vivir con sus personajes y aprender al detalle todo lo que sea posible sobre ellos. Ello les permite un acercamiento a la "verdad" que es imposible conocer de otra manera, por medio de simples datos y hechos, y a la precisión, que es un mandamiento ético del oficio periodístico.

En varios episodios de *Hágase tu voluntad*, el autor hace gala de este conocimiento, adquirido a lo largo de varios meses de convivencia en la selva con los monjes capuchinos y los huaos. Un ejemplo es la siguiente descripción de la mañana a partir de los olores:

"Cuando florecen [las plantas], aumentan las mariposas y al comienzo del día se concentran en la selva todos los olores. A las cinco de la mañana, se siente la fuerza: perfumes de flores que huelen a frutas, a citronela, a canela, a artemisa, a nuez moscada, a comino, a coriandro, a ámbar, a anís, a vainilla, a estragón, a laurel, a orégano, a menta, a bergamota. Perfumes verdes, espumosos, cálidos, frescos, carrasposos. Olores grasosos, olores polvosos como el talco, picantes como la pimienta. Según el carácter de cada aroma, a las cinco y media la selva parece oler a musgo, a hierba dulce, a carpintería, a dentistería, a iglesia, a funeraria, a gelatina de fresas, a colorete de mujer...".



Descripciones como la anterior solo pueden lograrse tras haber vivido en el campo, haciendo el trabajo del reportero, con los cinco sentidos abiertos a captar la realidad, y son esenciales para lograr una crónica viva, que vaya más allá del lenguaje "beige", calificativo de Tom Wolfe, típico del periodismo tradicional.

El estilo del narrador está muy alejado del frío lenguaje de los noticieros y los periódicos. En general, se trata de un estilo con rasgos de oralidad, con expresiones como "diga usted", "pero bueno", "no veas", "como usted prefiera llamarlos"; con frecuentes cambios de voces: es llamativo el uso de la segunda persona del singular para invocar al espíritu del "Padrecito Julio", el peor de los explotadores de indios, y, literalmente, muchísimo color:

"...¿qué hora es? Las cinco de la mañana porque el cielo es azul. Un poco después serán las seis: el azul va desapareciendo y el río se ve azul verdoso. A las siete es amarillo verdoso, y a las nueve, amarillo. Al mediodía, la luz blanca hierde la vista. A esa hora el sol cae a plomo sobre la selva. A la una de la tarde el aire es amarillo naranja. A las dos, naranja. A las tres, rojo, y se mantiene así hasta las cuatro y media, casi las cinco, cuando cambia a naranja rojizo - arreboles -. A partir de allí comienza a acercarse la noche azul que va mezclándose con el rojo. Por eso, después de las cinco el espacio es rojo violáceo. A las seis, violeta. A medida que crece el azul, el violeta palidece, y un poco después de las seis desaparece, y nuevamente todo se ve azul. Es la noche...".

Al tratar el tema del choque cultural, al intentar meterse en las cabezas y corazones de personas distintas y transmitir su verdad a los lectores, el libro puede ser visto en sí mismo como un tratado sobre el oficio periodístico. Allí están el trabajo de campo indispensable para lograr una crónica efectiva, las técnicas para contar una historia y el estilo de un cronista consagrado, pero, sobre todo, el imperativo ético connatural al trabajo del periodista: la búsqueda de la verdad más allá de las apariencias, el descubrimiento de los seres humanos que están detrás de los hechos y cuya voz se pierde en una Historia que con demasiada frecuencia es contada por los vencedores y se olvida a los vencidos. 📖